

Son el rugir del tigre, que estremece,
Aullidos de chacal que se prolongan,
Gritos de extrañas y enconadas fieras
Y silbos de serpientes venenosas.

Esplendido botín, con su riqueza
De los piratas el afán corona
Excediendo en valor á cuanto pudo
Ambicionar la turba codiciosa.
Oro y plata en monedas y en vajillas
Y en pesados lingotes, ricas joyas,
Soberbias telas y valiosos muebles
En las calles y plazas se amontonan,
Porque es tanto el botín, que su presencia
A la perdida gente no provoca,
Pues no ambiciona la común fortuna
El que más que soñó tiene en la propia.

Ya tres veces el sol cruzado había
Por el claro zenit, cuando afanosa
A preparar comienzan los piratas
Del anhelado embarque la maniobra.
Es inmensa la carga. Los bajeles
Que ya la esperan en lejana costa
Se distinguen apenas, y es preciso
Que se trasporte la riqueza toda.
De los presos entonces manda el jefe
Servirse en la fatiga, y nada importa
Si la estrecha prisión y el sufrimiento
El alma turban y la fuerza agotan.
Cual siniestro cortejo de fantasmas
Que de una cripta abandonada brotan
Por el conjuro mágico evocadas,
Y los sepulcros se abren y las fosas
Lanzan de sus entrañas conmovidas
Huesos desnudos ó desnudas momias,
Escuálidos, convulsos, vacilantes,
Hirsuto el pelo, la mirada torva
Como el que va á morir, no con el gozo
De quien amada libertad recobra,
Van del templo saliendo los cautivos
Entre las filas de enemiga tropa.
Y muchas veces, el doliente rostro
A la prisión terrible que abandonan
Vuelven hijas y madres, pues en ella
De algún perdido sér á quien adoran
Yace el cadáver insepulto, y queda
En soledad horrenda y espantosa.
Nunca cordón de hormigas diligentes,
En asiduo trabajo, hora tras hora
Del henchido granero, la semilla
A las trojes llevó de su colonia
Como aquellos cautivos, sin descanso
Hasta las playas el botín trasportan,
Activando su marcha fieros golpes,
Rudos denuestos y sangrienta mofa.
Unos caminan lentos, tropezando
Bajo el peso que duro les agobia;
Otros ruedan por tierra, y ya no pueden
Volverse á levantar, y aquella orda
Les arranca suspiro postrimero
Burlando su dolor y su congoja.
Cuando el último farol sube al buque
Llevan las lanchas á la gente toda,
Y juntos prisioneros y piratas
Las mexicanas playas abandonan.

Ya las turgentes velas, desplegadas
Al blando impulso del terral que sopla,
Hacen gemir la recia arboladura;
Crugen las naves y en las verdes olas
Abre la quilla movedizo zurco
Que en argentada estela se transforma.
Ya se aleja la escuadra lentamente
Como banda de cisnes, que orgullosa
Las niveas alas á la luz tendiendo
Del manso lago los cristales corta.

Pero ¡ay! ¡qué cuadro de tristeza y luto
En la ciudad desierta y pavorosa!
Gime el viento en las casas solitarias
Atravesando por las puertas rotas,
Y en la plaza, en la calle y en el templo
Corrompidos cadáveres devoran
Hambrientos perros y aves repugnantes
En odioso festín que nadie estorba.
¡Qué terrible infortunio! Cuán inmensa
Calamidad, sembrando en pocas horas
Muerte, desolación, miseria y llanto
En aquella ciudad rica y dichosa.
Cuántos caudales, frutos del trabajo
De largos años y constancia proba
Se deshacen ligeros cual la niebla
Que el bosque guarda al despuntar la aurora.
Cuántas nobles virtudes, defendidas
Entre mundanas luchas, cuántas honras
Por femeniles pechos conservadas
En virginal candor y á dura costa,
Resistiendo al amor, á la riqueza
Y á trueque á veces de la dicha propia,
En cieno inmundo profanado arrastran
Con lascivas caricias espantosas,
Ebrios de vino y de pasión rugientes,
Torpes bandidos que á terror provocan.
Cuántos niños ayer acariciados
En la orfandad y servidumbre lloran,
Y en tanto, presas de mortal angustia
Las madres sin ventura, entre la tropa
Y víctimas de duros tratamientos,
Desde el fondo del alma los evocan.
Y sigue el padecer. De la desgracia
La funesta medida no se colma,
Y las naves piráticas, huyendo
De Veracruz, se acercan á la costa
Y en un islote triste y solitario
A consumir sus crímenes aportan.
Como espantado el buitre carnicero
Cuando su presa con placer devora,
Alza el vuelo llevando entre sus garras
Los restos palpitantes, y se posa
A seguir insaciable en su tarea
En el cretón de inaccesible roca.
Los piratas exigen el rescate
A sus tristes cautivos, y se enconan
Su zaña y su codicia, y once días
En el desierto islote, entre zozobras
Y tormentos sin nombre, les retienen
Hasta que el precio señalado logran,
Y entonces sin piedad levantan las anclas
Y á su suerte fatal los abandonan.

Como llegó la escuadra, así se aleja
Y así se pierde entre la oscura sombra;
Impune queda tan horrendo crimen,
Y sólo se levanta vengadora
De Lorencillo al repetir el nombre
La maldición eterna de la historia.

México, 1886.

VICENTE RIVA PALACIO.

ÚNICO ALIVIO.

Cual terrible huracán que se desata
Y sorprende á la nave en alta mar,
Así á mi corazón el infortunio
Sorprendió de mi vida en la mitad.

Nada logra el endeble marinero:
¿Quién refrena la sorda inmensidad?
El hombre en los combates de la vida
Debe de resignarse y esperar.

1886.

JUAN DE D. PEZA.